

*Ed. El Quilón*

*2-3-1933*

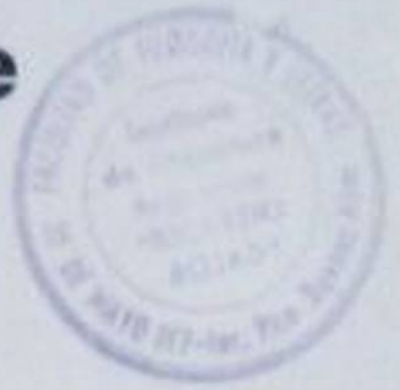
*2*

# Informe

sobre

el

# Desocupado



*Ramón Plaza*

*LOS FORASTEROS DEL ALBA*

Soy una casa vacía,  
un diario olvido de los otros.

Hace mucho que salgo  
con la muerte en los botines,  
y miro por si algo la industria  
necesita.

Fumo como todos,  
soy pobre como nadie.

Algunos preguntan,  
salen como yo en busca de la vida.

Hay un almacén, un ruido viejo,  
varias cuentas que junta mi bolsillo.

No tengo más que brazos cianuros de moverse,  
venenos, diarios viejos,  
y un cigarro,  
que fuma como yo sus esperanzas.

*Alberto Luis Ponzo*

*PARA EL HOMBRE SIN TIEMPO*

Detrás del mundo,  
de los avisos de los diarios,  
más de un millón de ojos  
futuros  
nos escrutan;  
detrás de tantas letras  
sin empleo,  
de tantos lugares olvidados,  
detrás del tiempo  
que sigue amaneciendo y esperando  
que el hombre lo sostenga  
con sus brazos heroicos.

Y hay horizontes  
todavía estériles,  
hay una poesía que se retarda  
con las suelas gastadas,  
una palabra que se pierde  
o se disgrega  
inútilmente  
sobre todas las calles.

Y hay un aire cargado de demandas  
pidiendo límites  
para ocupar las manos  
y construir la voz como una casa.

Pero los días  
publican antiguos anuncios,  
o despiden al hombre  
con su nueva palabra,  
porque rebalsa todos los oficios  
y busca un solo gesto  
para abarcar su vida.

Hay, sin embargo, signos  
que no pueden morir.  
Y detrás del mundo  
que aún no participa de los nombres,  
de la piel que nos duele,  
más de un millón de ojos  
futuros  
nos escrutan,  
y en cada sueño de la tierra  
aguarda una labor  
para el hombre sin tiempo.

Martín Campos

TANGO PARA UN DESOCUPADO

Buenos Aires hora cero.  
Cuando se derrumba el cielo  
y aparece el lagrimón del frío.  
Colgado del cartón un calendario  
que marca los pasos lentamente.  
Hemos golpeado, inútiles, el vientre  
rosado de las perras preñadas  
y arrancado un terrón al barro  
del camino.  
¿Qué tenemos que hacer?  
¿Qué cuchillo blandir,  
qué metralleta?  
Nadie nos responde.  
Sólo los mansos apacientan el hambre  
trasnochada y ven pasar los trenes  
de mate en mate, de rabia en rabia.  
Hora cero.  
El lagrimón del frío,  
las manos azules  
y un boliche olvidado sin estaño.  
Otros trabajan. Yo me muero.

junio de 1963

Armando A. Piratte

No cabía duda, pero,  
¿qué significaban esas dos colas  
frente al edificio de las paredes rosadas?  
(*La Razón*, miércoles 10 de julio de 1963).

Cincuenta años, cuarenta de trabajo;  
Arranco de la pieza cada día.  
La libreta, el Clarín, bien afeitado,  
Buscando un letrero que me pida.

La grappa de olvido en un estaño  
—que asienta su calor en las costillas—  
y la vergüenza tirada en un costado  
dispuesto a trocarme en lo que digan.

Y sentirse, de golpe, clausurado,  
Sin más habilidad que la rutina,  
escondiendo la fatiga de los años

aunque la cédula borre la mentira.  
Porque tengo el cuerpo trabajado  
ya no me dejan ni gastar la vida.

junio de 1963.

*Esteban Peicovich*

USTED PUEDE

Usted puede creer esto que le digo.  
Usted y todos pueden escucharme.  
Soy capaz de hacer un barco una estrella  
para las tardes de tormenta puedo hacer  
una fábrica trazar una calle de aquí  
al ecuador puedo amar a alguien que espero  
y me espera puedo ser el presidente del país  
primer ministro de cualquier carpintería.

Pero mil diablos acaso puede usted creer  
esto que le digo acaso pero mil diablos  
pueden todos ustedes escucharme  
si ando de estaca nada más entre los días

pidiendo un lugarcito nomás un cielo mío  
una tabla pequeña una cuevita este milímetro  
de mí en usted que le pido señor para entrar  
por la puerta meterme en su reloj volcarme  
en el aceite de sus máquinas darle  
lo que no debiera estarme desocupado de mí  
ocho diez horas para ocuparme en usted  
y poder ser algo después ser eso que le dije.

Pero mil diablos acaso puede usted creer  
en esto que le digo mil diablos digo  
puede ocuparme usted  
acaso puede?

Roberto Jorge Santoro

## EL DESOCUPADOR

Don Hipocondrio, circunspecto caballero que conocía los secretos del arcabuz, logró amalgamar el éxtasis del sentimiento con una elegancia y una fluidez natural, aquilatadas y engarzadas en una intimidad efusiva.

Don Hipocondrio, que era a la sazón, encargado de todos los planes, no tenía hijos y frisaba los cincuenta.

Contrariamente, los mamelucos eran saltarines, se llenaban de hijos y poseían un raro movimiento que turbaba y sorprendía a don Hipocondrio.

Hip —como lo mentaban sus cercanos—, con discreción y sin dar oídos a los eventos exteriores, ni a los homónimos mamelucos, lograba salir de su estado de preocupaciones por la puerta de las esencias orientales como así también por medio de las prostitutas a las cuales era afecto.

Su corazón, sin embargo, era presa de sentimientos encontrados. Los mamelucos se mostraban descorteses, y persuadidos por el hambre, reprochábanle humildemente, enrostrándole las desdichas.

Los mamelucos siempre debían. Don Hipocondrio se ocupaba de ello, desocupándolos con elegancia, con suaves vibraciones de un erotismo sentimental.

Volvían a increpar los mamelucos pero eran disuadidos sin embargo por los dogos. Finalmente acataron el vaticinio y se retiraron.

Con su monocorde ocupación de desocupar, don Hipocondrio mostrábase satisfecho de los resultados. Dedicábase entonces a disfrutar de la dicha que le producían los perdurables lienzos que pendían de los muros de su escritorio, imbuído del espíritu del rococó. Puchi —como el decía la prostituta más anciana a don Hipocondrio—, cambiaba algunas frases con su imagen, reflejada en un espejo, cuando de pronto fue interrumpido por alguien que llamaba con insistencia.

Acercóse sigilosamente don Hipocondrio y al salir de su escritorio, un enorme mameluco, o dos, uno subido a babuchas del otro, vestido de polilla, esbozando una enorme sonrisa, se lo comieron.

*Miguel Angel Rozzisi*

*DIARIO BAJO EL BRAZO*

Salir, cuando el oscuro  
rostro de la madrugada  
se desdibuja,  
en sombras cada vez más claras.

Salir, con el mate,  
uno o dos, amargo  
salir raquítico de ganas.

Correr a la estación  
comprar un diario  
el que más avisos traiga.

Qué me importa, si esto o aquello  
sólo me importa esa página.

Hace un mes, que no trabajo  
las cuentas ya me aprietan la garganta.

Apurarse, tener que estar  
primero en las colas,  
en cualquier lado,  
donde se pide uno  
donde van como doscientos.

Y duelen los pies de caminar  
y la cabeza de pensar en los chicos,  
y la tos y la espalda, cada día más.

Volverme con el diario bajo el brazo,  
la cabeza agachada, un días más  
y seguir desocupado.

Daniel Barros

FLANCO SUR

"Es tan solo  
un hombre sin trabajo".  
VICTORIANO CREMER.

Cuando el sol ya está bien alto  
y hasta el rocío del otoño ha saludado  
a más de uno que se le hacía tarde  
salgo de casa para mi trabajo de gente  
arreglada  
alguien se para y me pregunta en voz baja  
si allí tenemos en qué ocuparlo  
el jardín de adelante por ejemplo  
y lo señala con la mano derecha  
o lo que sea con tal de sacar para la comida  
y el viaje del día.

(Yo me hice un puente con los hijos y  
el hambre  
que no es un melodrama).

Le improviso como puedo que otra persona  
ya se ocupa del jardín de casa

le insinúo que pase en otro momento  
y no sé lo que digo  
me vuelve a saludar como antes el hombre  
de cabello negro ropas limpias  
y mirada tierna  
que se decide lentamente a golpear las manos  
en la larga casa de al lado  
mientras me quedo corto poniéndome  
un buen libro debajo del brazo y  
de repente se me viene la cabeza tan en picada  
que casi me muerdo  
los pies.

Eso fue en una mañana de sol  
de ganas de trompear los árboles  
y decirles cosas cursis a las muchachas  
esa mañana  
que  
me partió por el eje.



*Jorge Eduardo Fuentes*

CANTATA

Vivir al margen de la propia jornada

dejar

que la tarde nos llene las manos de preguntas

repetir dios existe sin escrúpulos

sin providencia

ser invariablemente uno mismo

abastecido de asombro

y callar

la tenue andrajosa melancolía.

Composición, diagramación y armado  
Linotipia NeBa - Est. de Israel 4736  
Imprimió J. Loisi (h), Aguirre 606  
Buenos Aires, 27 de Agosto de 1963

Archivo Histórico de Revistas Argentinas |  
[www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

Precio de este ejemplar diez pesos